

## LAS LENGUAS CLÁSICAS: MEDIO EXCELENTE DE EDUCACIÓN (Resumen)

Por *Consolación Isart Hernández*  
Facultad de Filología.  
Universidad de Extremadura

Toda educación tiene como fin último el perfeccionamiento del hombre, que éste llegue a alcanzar la plenitud del ser. ¿En qué sentido ayudan a este objetivo la formación en las lenguas clásicas? Hace no tantos años se decía que la educación humanística debía iniciarse siempre con la formación greco-latina, puesto que fueron Grecia y Roma las que establecieron los cimientos de la civilización occidental.

La experiencia de varios años dedicados al estudio y docencia de estas lenguas nos enseña que la formación clásica aporta al estudiante orden, método, claridad y lógica, entre otros muchos valores humanos. Es la cultura clásica, pues, una gran ayuda a la hora de formar un equilibrio armonioso en las facultades del ser humano. ¿No es razón más que suficiente para su estudio?

Catón definía al filólogo como «vir bonus dicendi peritus», aunque quizá sería mejor decir «vir bonus discendi peritus»<sup>1</sup>. El filólogo es específicamente un intérprete de textos; ¿cómo puede educar en este sentido? Para lograr todo el fruto que se pretende, creemos que es muy importante dedicar las primeras clases a impartir una buena motivación; ésta se halla siempre en una doble convicción:

- a) Tiene sentido lo que se quiere hacer.
- b) Se puede hacer<sup>2</sup>.

a) Es cierto que los alumnos que acceden a la Universidad, con la intención de especializarse en Filología Clásica, ya llevan suficiente motivación para estudiar las lenguas con sumo interés. Ahora bien, como las asignaturas de latín y griego pueden elegirse como optativas de cualquier Filología, pensamos que sí es importante dedicar algún tiempo a considerar el sentido que sigue teniendo hoy día el estudio de las llamadas «lenguas muertas».

Nosotros solemos insistir en la superioridad de éstas por su carácter sintético, frente al interés meramente práctico de las modernas. Nos ayudan a preferir la calidad, forman el espíritu, al obligar a distinguir las ideas puras de las palabras que las visten e invitan a pensar en las ideas.

b) El alumno puede con la asignatura que en un principio cree tan ardua. Este punto es más importante aún que el primero; si el estudiante se desalienta en el desarrollo de la materia, no hay nada que hacer, por eso es imprescindible estimular desde el primer momento. Los pequeños triunfos fomentan la alegría, que sigue siendo la mejor ayuda para que toda tarea educativa sea eficaz<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Cf. J. Lasso de la Vega, *Experiencia de lo clásico*, Madrid, 1971, p. 3.

<sup>2</sup> Cf. V. García Hoz, *Educación personalizada*, Madrid, 1972, p. 252.

<sup>3</sup> Cf. V. García Hoz, *El nacimiento de la intimidad*, Madrid, 1970, p. 96.

El verdadero maestro sabe multiplicarse y, dado que el número de nuestros alumnos no es muy elevado, es relativamente fácil ejercer con ellos una auténtica labor personalizada, adaptando la explicación de los textos a cada uno.

Vamos a resumir brevemente a continuación las condiciones que consideramos indispensables, para que una educación sea verdaderamente tal, y cómo procuramos aplicarlas en nuestro trabajo concreto:

1. **Saber lo que enseñamos.** Nada puede reemplazar a la ciencia, por lo que cada día dedicamos el mayor tiempo posible a la preparación de nuestras clases. Intentamos que sea la claridad la nota dominante, ya que —creemos— ella es el don de los verdaderos maestros.

2. **Saber a quién y cómo se enseña.** Creemos que un buen maestro tiene que ser también un buen psicólogo. Adaptarnos a las necesidades particulares es en nuestro caso una tarea sencilla debido al reducido número de alumnos que tenemos.

3. **Saber hacerles trabajar personalmente.** Nuestro esfuerzo gira en torno a conseguir del alumno un auténtico trabajo, es decir, un trabajo amado, personal y de calidad. Enseñar a trabajar es la clave del éxito en la educación; para ello, procuramos escoger temas interesantes y, a la vez, exigirles de acuerdo con sus propias capacidades.

Puesto que la materia que enseñamos —en nuestro caso— es el griego, parece más oportuno que en cualquier otra llevar a la práctica la vieja pretensión socrática relativa a la educación: «No enseñar, sino alumbrar conocimientos».

Los resultados en la traducción de textos son realmente sorprendentes. Es verdad que se avanzaría más en la materia si fuera sólo el profesor quien tradujera y comentara filológica y literariamente los textos (dando una lección magistral), pero se aprendería mucho menos, por lo que nuestras clases son enormemente activas. El alumno ha de «exponerse», ha de correr el riesgo de quedar mal al proponer su traducción... ¡Toda educación implica un riesgo, si ésta es auténtica!